

ral» (ya que, como nos recuerda Sábato, «la novela no demuestra, muestra» (p. 102), para llegar a las zonas prohibidas. Nos acercamos así a una de las obsesiones centrales del escritor y que explica el conflicto de Castel en toda su trágica grandeza: la dualidad del ser humano, «el desgarramiento del hombre que pasa de las tinieblas a la luz más deslumbrante, del mundo nocturnal de los sueños al de las ideas claras, de la metafísica a la física: y recíprocamente» (*Apologías...*, pp. 13-14), y precisamente porque los artistas son los únicos concededores de estos vastos territorios de la realidad, son ellos, más que los pensadores, «los que están destinados (condenados) a expresar en sus ficciones esta dolorosa y sucia dualidad» (p. 111). Y es el propio Sábato quien en *Abaddón...* dice que «el hombre es un ser dual. Trágicamente dual. Y lo grave, lo estúpido es que desde Sócrates se ha querido proscribir su lado oscuro» (p. 257).

Cuando Sábato habla de que «se ha querido proscribir su lado oscuro» excluye, cabalmente, a todos aquellos grandes malditos que aparecen reiteradamente en sus páginas (personajes, escritores, el propio escritor) y que han penetrado en el reino de las tinieblas. Curiosamente, pese a la estrecha relación que muchos de estos temas (muerte, sexo, edipianismo, infancia, sueño, etc.) tienen con el psicoanálisis, no es por este camino por el que intenta llegar, tal vez porque tampoco Freud pudo escapar a unos principios racionalistas para llegar a lo irracional. En *El túnel* hay una caricatura de la Sociedad Psicoanalítica, con aquellas «damas y caballeros tan aseados emitiendo palabras génito-urinarias» (p. 22) y, a propósito de la jerga (Castel es un obsesionado enemigo del lugar común), el pintor nos dice que es «otra de las características que menos soporto. Basta examinar cualquiera de los ejemplos: el psicoanálisis, el comunismo, el fascismo, el periodismo. No tengo preferencias; todos me son repugnantes» (p. 20). Ya veremos más adelante la importancia de esta actitud de Castel en relación con la locura. Lo importante aquí es que, al margen del psicoanálisis y del surrealismo (a pesar de la mención de sus contactos con el surrealismo francés y de su amistad con Domínguez y Breton en el apartado «El surrealismo» de *El escritor...* y en «Ciertos sucesos producidos en París hacia 1938» de *Abaddón...*) y protegiéndose en una tradición de visionario, Sábato profundiza en un tema que va a constituir la esencia y la poderosa originalidad de su narrativa, que consiste en mostrarnos los dos planos de la realidad o, para ser más precisos y coherentes con mi propia terminología, las dos realidades, y que explica asimismo (en aparente contradicción con su pensamiento progresista) las distintas raíces de su pesimismo.

En *El escritor...*, y a propósito del arte, habla de una manera explícita de la realidad superficial: «Lo que hace crisis no es el arte sino el caduco concepto burgués de la 'realidad', la ingenua creencia en la realidad externa» (p. 30), y pone como ejemplo de lo opuesto a Van Gogh, que describe «una especie de irrealidad producto de «un hombre enloquecido por la angustia y la soledad» (p. 31). En *Heterodoxia* insiste de forma todavía más explícita en que «el hombre es esquizoide, no se contenta en general con esta realidad: busca o se construye otras (...). La creación y el descubrimiento representan a la vez la grandeza prometeica, la intrepidez del macho, y su esencial ansiedad, su interminable descontento, su trágica soledad» (p. 86), introduciendo aquí un elemento que analizaré más tarde, relacionado con la posesión y la necesidad de absoluto que se refleja en la «esencial ansiedad», y que define perfectamente el carácter de Castel. También en *Heterodoxia*, en el apartado dedicado al patriotismo lingüístico, repite casi literalmente lo que ya dijo en *Sobre héroes...* a propósito de los individuos que «se califican de 'realistas', porque no son capaces de ver más allá de sus narices, confundiendo la Realidad con un Círculo-de-Dos-Metros-de-Diámetro con centro en su modesta cabeza» (*Sobre héroes...*, p. 398) y que rechazan como locos a los que les vienen con planes para descubrir América (cf. *Heterodoxia*, p. 104). Para Sábato, quien, como es sabido y como él no se cansa de recordarnos repetidas veces, abandonó una importante carrera de científico para dedicarse a la literatura, la ambición de la ciencia de dar respuestas a las dudas del ser humano coincide con el positivismo, y es este mundo de claridad el que va a llevar a la destrucción de la civilización tal como la conocemos: hay un «desgarramiento entre su mundo conceptual y su mundo subterráneo» (*Abaddón...*, página 38), entre la ciencia y la ficción. Lo subterráneo y oscuro está relacionado con lo misterioso y con la realidad profunda que sólo se alcanza cruzando el puente, atravesando el túnel o rompiendo sus paredes, etc., en una simbología muy cercana, como ya hemos visto, a la de Julio Cortázar. No existe solamente «esa externa realidad de que nos habla la ciencia y la razón, sino también ese mundo oscuro de nuestro propio espíritu» (*El escritor...*, p. 58) y «lo profundo es a menudo oscuro» (*Heterodoxia*, p. 74); por eso Alejandra, al igual que la María de *El túnel*, «era un territorio oscuro y tumultuoso, sacudido por terremotos» (*Sobre héroes...*, p. 217), un territorio inaccesible que explica la angustiosa relación entre búsqueda e incomunicación en toda la narrativa de Sábato.

La oscuridad está relacionada también con el mundo de las tinieblas y del Mal: «La tarea central de la novelística de hoy es la inda-